

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA JUNTOS

Jorge Cela, S.J.

COMENTARIO A LA ENCUESTA DEMOS 2001 SOBRE CULTURA POLÍTICA DOMINICANA

En los barrios, cuando sucede algo extraordinario, la gente se desborda desde los callejones hacia el lugar del hecho. Y en medio de la diversidad de rostros y actitudes se descubre la unidad de interés por descubrir lo acaecido. Al pensar en el Proyecto Iniciativas Democráticas, que está cerrando su corta pero fructuosa vida, no puedo evitar de asociarlo con esta imagen. En efecto, fue capaz de atraer la afluencia de los más distintos sujetos sociales hacia un esfuerzo común en la diversidad: la construcción de la democracia. Y pienso que ese ha sido su valor mayor: haber concebido la democracia como un proceso colectivo. La democracia no es un edificio construido que se impone majestuosamente. Es un proceso siempre en construcción por muchas y diferentes manos, a ritmos distintos, con instrumentos y habilidades diversos.

Por eso cuando nos planteamos la pregunta sobre el futuro de la democracia dominicana¹, podemos referirnos a las instituciones que la constituyen (el edificio) o a la cultura que las sustenta (el proceso). Estos dos elementos no necesariamente coinciden, aunque sí tienen mutua referencia².

En el caso que nos ocupa se trata de una encuesta que intenta medir la cultura política dominicana³. Hace referencia a dos encuestas anteriores realizadas en 1994 y 1997, que permite ver la evolución en estos 8 años cruciales para la democracia dominicana⁴. Los cambios efectuados en la Constitución dominicana, en la Ley Electoral, y en las instituciones de la democracia dominicana, son reflejo de la efervescencia vivida en lo que podríamos llamar el cierre del siglo XX dominicano. En los últimos 25 años de ese siglo se produjeron grandes transformaciones. Nuestra economía pasó de ser agrícola y azucarera a desarrollarse alrededor del turismo y las zonas francas. El impacto de las migraciones dejó sentir su efecto en la demografía, la cultura y la economía: uno de cada ocho dominicanos vive en el extranjero, se desarrolló el concepto de dominican-york⁵ y las remesas se convirtieron en nuestra entrada económica más importante. Sin embargo esta rápida transformación no siempre ha calado hasta los huesos de nuestra cultura. Como anota Michiel Baud: "Hemos visto cómo prácticas políticas tradicionales existen junto con discursos y prácticas modernos... La política dominicana necesita

-
- 1 Isis Duarte y Ramonina Brea, *¿Hacia Dónde va la Democracia Dominicana?, 1994-2001*, PUCMM-IEPD, Santo Domingo, 2002.
 - 2 Fabio López de la Rocha, *Aproximaciones al Concepto de Cultura Política*, p. 1
 - 3 Sobre el concepto de cultura política cfr. Lucian W. Pye, "Cultura Política" en David L. Sills, ed., *Enciclopedia de las Ciencias Sociales*, Aguilar, Madrid, 1994, t. 3, p. 323. Ver también Norbert Lechner, *Los patios interiores de la Democracia*, FLACSO, Santiago de Chile, 1988.
 - 4 Isis Duarte, Ramonina Brea, Ramón Tejada y Cra Báez, *Cultura Política y Democracia en República Dominicana*, PUCMM-PID, Santo Domingo, 1996; Isis Duarte, Ramonina Brea y Ramón Tejada, *La Cultura Política Dominicana entre el Paternalismo y la Participación*, PUCMM-PID-USAID-IEPD-PROFAMILIA, Santo Domingo, 1998.
 - 5 José R. Bello, "El Concepto Dominicano Americano ¿Cómo Llamarnos/nos?", *Estudios Sociales*, 123, en -mar. 2001, p. 7-24.

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA JUNTOS

ser más estudiada, pero no hay duda de que está imbuida de personalismo, autoritarismo y clientelismo”⁶. Es esta percepción la que parece confirmar la encuesta DEMOS 2001. Y dentro de este marco trataremos de resaltar lo que nos parecen los aportes más significativos de este estudio a la situación de la cultura política dominicana actual.

La encuesta confirma la alta valoración de la democracia que existe en el pueblo dominicano. La preferencia por este sistema político incluso supera el altísimo índice de 1994 (74%). El 77 % obtenido nos sitúa en segundo lugar en América Latina, sólo superados por Uruguay (79%). Nos sigue Costa Rica con 71% y estamos muy por encima del 48% que es el promedio latinoamericano⁷. Este resultado no está lejos incluso del obtenido por un país europeo como España donde la preferencia fue de 86%.⁸

Este resultado se mantiene incluso a pesar de la marcada insatisfacción con los resultados de la democracia. Sólo 26% están satisfechos (10% menos que en 1997). Como comparación, en España 64% están muy o bastante satisfechos⁹. En América Latina el promedio era de 25%. Nosotros quedaríamos en quinto lugar empatados con México. Los valores están desde 55% de satisfacción en Uruguay hasta 10% en Paraguay y Colombia¹⁰.

Y esto a pesar de que las motivaciones para preferir la democracia son de carácter principalmente económico: para la mejo-

6 “Realidades e Ideologías en la Modernidad en la República Dominicana del Siglo XX”, *Estudios Sociales* 124, abr.-jun. 2001, p. 9-50. Otros textos sobre cultura política dominicana: Julio A. Cross Beras, *Cultura Política Dominicana*, INTEC, santo Domingo, 1981; José del Castillo, *Ensayos de Sociología Dominicana*, Siboney, Santo Domingo, 1981; José Oviedo, “La Tradición Autoritaria”, *Ciencia Y Sociedad*, 12, abr.-jun. 1987; Jorge Cela, “Cultura y Elecciones”, *Estudios Sociales*, 63, en.-mer. 1986, p. 17-44; Ramonina Brea, Isis Duarte, Ramón Tejada y Clara Báez, *Estado de Situación de la Democracia Dominicana (1978-1992)*, PUCMM-PID, Santo Domingo, 1995.

7 Latinobarómetro: los resultados de esta encuesta a nivel latinoamericano pueden ser encontrados en <http://www.latinobarometro.org/ano2001.htm>.

8 *Cultura Política*, Boletín 23, jul.-set. 2000,

9 Idem.

10 Latinobarómetro, op. cit

ESTUDIOS SOCIALES 127

ría del país (16%), para que haya más empleo (14%) y mejor distribución del ingreso (13%). Y son de carácter económico los problemas más sentidos del país: la energía eléctrica (28%), el costo de la vida (21%), el desempleo (15%) y la situación económica (14%).

Esto se entiende porque para la mitad de la población democracia significa libertad, y un 60% afirma que prefiere más libertad a más riqueza, porcentaje mayor incluso que el de 1997, que era 54%. Esta alta valoración de la libertad contrasta con la abundancia de regímenes autoritarios que hemos tenido en nuestra historia y con el fuerte autoritarismo que la encuesta aún revela en nuestra cultura. Es este un valor clave en el proceso de modernización para la constitución de los sujetos de derecho. Las dos terceras partes consideran que en el país se respeta la igualdad sin importar religión ni sexo. Pero sólo la mitad (53%) siente que hay igualdad racial. Este dato contradice uno de los mitos tradicionales de nuestra democracia racial. La desigualdad se siente en el nivel económico. 75% la afirman. Se da una ruptura entre democracia política y democracia económica que manifiesta el punto de fragilidad de nuestro sistema democrático.

Al expresar sus expectativas con respecto a la democracia, en las tres encuestas la primera ha sido un mejor gobierno, que se define como un gobierno que atienda al pueblo, que resume las aspiraciones políticas y económicas. Luego vienen dos del área política: respeto de libertades e igualdad (19%) y vigencia de procedimientos democráticos (11%), y dos de tipo económico: ejecutorias de política social (13%) y empleo (10%).

Hasta aquí se diría que la encuesta refleja el rápido proceso de modernización del país. Sin embargo, como señalaba Michiel Baud, aparecen con mucha fuerza elementos totalmente premodernos como son el caudillismo o personalización del poder, la débil secularización de la actividad política, la conducta basada en fuerzas fuera del control de la persona o fatalismo y el autoritarismo paternalista.

Estos fenómenos no sólo acusan índices altos que abarcan más de la mitad y a veces cerca del 90 % de la población, si-

no que se muestran en aumento en el período entre las 3 encuestas.

¿Cómo explicar esta incoherencia de los datos? A veces tenemos un concepto demasiado mecánico de los cambios culturales. Pensamos que puestos los incentivos para el cambio, estos funcionan automáticamente. Y no es así. Sobre todo cuando el cambio ha tenido un ritmo acelerado, como es nuestro caso. Nuestro proceso de modernización ha recorrido en 25 años lo que a Europa costó siglos. Nosotros no hemos tenido que inventar los cambios sino que nos llegaron ya fabricados. No hemos tenido que aprender a producirlos, sino que los compramos, cuando podemos. Y todo esto a velocidades supersónicas del avión, o la comunicación vía satélite o internet. Es natural que la asimilación de los cambios se nos haya atragatado. No hemos podido procesarlo todo. Y esto nos crea niveles de inseguridad muy altos que nos violentan. Sobre todo esto sucede cuando no tenemos a mano los mecanismos para ese procesamiento: cuando la edad no nos permite el tiempo y la capacidad para el aprendizaje de nuevas tecnologías y valores, o no tenemos la educación o los recursos económicos para incorporar las nuevas tecnologías.

Si en las culturas que llamamos desarrolladas la velocidad y violencia de los cambios han producido fenómenos como el stress colectivo, o la reacción llamada posmoderna o los refugios culturales en busca de seguridad como las nuevas místicas, las drogas o los grupos cerrados, ¿cuál no será el efecto en nuestras poblaciones desprovistas mayoritariamente de los recursos económicos, metodológicos y gnoseológicos para asimilar el cambio? Por eso las diferencias más notables se dan entre los diferentes estratos socioeconómicos y de escolaridad con distancias de hasta más de 30%. El vértigo que produce la rapidez del cambio, sobre todo en las poblaciones más rurales, pobres y menos escolarizadas, los lleva a aferrarse a valores tradicionales en busca de la seguridad perdida. Y esto está afectando incluso a las clases medias.

Sin embargo, esta visión debía llevarnos a que los más jóvenes sean los que van superando esta cultura tradicional. Pero no

ESTUDIOS SOCIALES 127

es así. En ninguno de los cuatro indicadores de autoritarismo los jóvenes tienen el más bajo porcentaje. Más bien se acercan a los niveles de los mayores de 55 años. Ellos son las víctimas de una sociedad incoherente. Necesitan más que nadie seguridad para afirmarse en un mundo hostil. Son, por otra parte, los más sensibles a los aires de la cultura posmoderna, marcada por la decepción de nuestros frustrantes sistemas modernos.

Estos resultados confirman, en cierta manera, la percepción de que nuestra rápida entrada en la modernidad no es del todo coherente. Necesita sobre todo mantener nexos de seguridades perdidas relacionados con la figura paterna, con la divinidad y con la liberación de responsabilidades. Pero con débil institucionalización, porque es ésta la que permite el rejuogo de la tan preciada libertad. La pre y posmodernidad se tocan así en algunos de sus síntomas. Al fin y al cabo nadie tiene más derecho a sentirse engañado y decepcionado con la seudomodernidad que hemos construido que los pobres.

Y la encuesta nos da una peligrosa información si estas consideraciones son ciertas. Hay una creciente decepción con las instituciones de la democracia. 71% piensa que la política sólo beneficia a los políticos y apenas un 10% siente que se participa en busca de la mejoría del país. La falta de credibilidad en los políticos y sus organizaciones y en el gobierno ha llegado al 60% de la población. 96% piensan que los líderes prometen mucho y hacen poco. No cuestionan su rol, sino su calidad. Incluso la mitad acepta que favorezcan a quienes los ayudaron y el 28% que empleen familiares y amigos en una aceptación fáctica del clientelismo.

Las dos terceras partes piensan que los partidos sólo sirven para participar en las elecciones (9% más que en 1997) y que defienden sus propios intereses (53%) o de reducidos grupos privilegiados (37%). Por eso sólo 17% militan en los partidos y el por ciento de los simpatizantes ha bajado de 52% en 1994 a 46% en 2001.

Aunque 71% sigue pensando que votar es un derecho y un deber, la disposición a votar ha bajado de 88% en 1994 a 65%

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA JUNTOS

en 2001. Aunque 77% confió en los resultados de las elecciones del 2000, la confianza en la Junta Central Electoral después de subir llamativamente en 1997, volvió a descender en el 2001. Más aún, de las instituciones del Estado todas perdieron credibilidad en el período, sobre todo del 97 al 2001, excepto la Justicia, que subió de un 15% a un 18%. Es significativo que las que más credibilidad han perdido desde el 97 son: la Presidencia (11%), los militares (8%) y la policía (7%). A pesar del autoritarismo que se refleja en la encuesta, son precisamente las instituciones que han dado señales de un renovado autoritarismo oficial las que más credibilidad han perdido. Sobre todo se ha perdido credibilidad entre clases medias y altas. En América Latina como promedio todas estas instituciones tienen más credibilidad. Por ejemplo la policía tiene 16% más y el Congreso 12%.

Pero también las organizaciones de la sociedad civil han perdido credibilidad todas menos las iglesias, que la han mantenido (católica 60%) o incluso la han aumentado ligeramente (evangélicas 31%). En América Latina la Iglesia tiene un 72% y los medios de comunicación social un 49%. Estas cifras relativizan el poder de la Iglesia que se equipara así a la credibilidad de países como Uruguay y Argentina. Es significativo que a pesar de la gran credibilidad 87% apoyan el uso de anticonceptivos y 54% aceptan el aborto, dos temas tan fuertemente enfrentados por la Iglesia católica.

A pesar de que el 83% cree que los gobiernos hacen las cosas mal y gastan más de lo debido, 84% piensa que el Estado debe seguir participando en la economía y no ser un mero regulador (13%).

El gobierno actual tiene el mayor porcentaje en su eficacia: sólo 55% lo cree muy ineficaz frente a 63% que alcanzó el de Leonel Fernández y 60% el de Joaquín Balaguer. Sin embargo, todavía es muy bajo que sólo 10% lo considere muy eficaz. Al juzgar la práctica gubernamental menos de la tercera parte consideró que siempre o casi siempre actuaba democráticamente. Pero peor aún, a pesar de que este gobierno subió con la promesa del combate a la pobreza sólo 34% piensa que intenta redu-

ESTUDIOS SOCIALES 127

cir diferencias entre ricos y pobres y 30% opina que se preocupa por los pobres. Sin embargo ha aumentado la satisfacción con todos los servicios públicos excepto con la vivienda y la electricidad. Esta ha caído a su nivel más bajo (9.2).

Pero sin embargo se piensa que la situación económica ha empeorado. Los que piensan que es buena bajaron de 21.7% a 14.2% y los que la consideran mala subieron de 40.7 a más de la mitad (52.5%). Eso supone un revés para uno de los dos pilares de su propuesta.

El otro estaba referido a la eliminación de la corrupción. Han subido los que creen que la corrupción es grave o muy grave hasta un alarmante 93%. Desde 1994 han bajado en 23% los que piensan que se puede erradicar hasta llegar a sólo 20%. Ya la mitad de la población se conforma con disminuirla y un 30% está convencido que no se puede hacer nada. Más de la mitad aprueba que se repartan favores entre quienes les ayudaron (52%) y esto se da sobre todo entre los más pobres (63%).

A pesar de las reformas 40% sigue pensando que la Justicia está afectada por corrupción, 29% por el gobierno o los políticos y 22% por el narcotráfico. Sólo 30% piensa que funciona bien. Esto nos indica la necesidad de continuar las reformas comenzadas.

Pero los datos que más nos interesa resaltar son los referentes a la participación de la sociedad civil. El dato más importante es que 54% son activos al menos en una organización. Es un índice muy alto de articulación de la sociedad civil. Sobre todo cuando 28% están en dos o más organizaciones. 59% de los hombres están organizados sobre todo en partidos, sindicatos y clubes deportivos. 48% de las mujeres se organizan sobre todo en comunidades eclesiales y asociaciones de padres. Las organizaciones territoriales, que son las de más membresía (32%) y reúnen a hombres (32%) y mujeres (31%) por igual. De 1997 al 2001 las Juntas de vecinos aumentaron de 21% a 24%, (en España, por ejemplo sólo agrupan al 16%) mientras los partidos disminuyeron de 18% a 17%. En España los militantes de partidos son sólo 4%.

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA JUNTOS

Los hombres (54%) se organizan más que las mujeres (46%). Sobre todo si estas tienen 6 años o menos de escolaridad (41%). Se confirma que los miembros de la cultura de la pobreza tienden a no organizarse. Los hombres de clases medias y alta, bachilleres o profesionales son los que más tienden a organizarse. 52% participa en reuniones para resolver problemas de su barrio (un aumento de 6% desde 1994) y 58% participa en algún tipo de actividad política y 96% aprueban alguna de estas actividades, sobre todo la firma de documentos y las manifestaciones autorizadas. El número de los indiferentes a la política disminuyó de 46% en 1994 a 36% en el 97.

La sociedad civil aspira a participar: siendo consultada antes de las decisiones (96%), por ejemplo, con la elección constituyente; vigilando las actividades del gobierno (96%), por ejemplo, la observación electoral o la vigilancia anticorrupción; participando en reuniones de los Ayuntamientos (90%), por ejemplo, en cabildos abiertos o consejos de desarrollo municipal; y sustituyendo las autoridades electas que no cumplan (95%), con mecanismos de revocación. Estas aspiraciones muestran que los movimientos por reformas en los últimos tiempos responden a expectativas profundas de la sociedad civil.

La encuesta nos permite hacer una caracterización de los y las militantes de los partidos y los y las activistas de la sociedad civil.

Los militantes de partidos son personas interesadas en la política (54%), con alto grado de aceptación de las actividades políticas (79%), que generalmente también pertenecen a otras organizaciones (72%, de los cuales 46% a organizaciones territoriales), que favorecen la participación (78%), el cambio (74%) y la no discriminación de la mujer, y propensos al autoritarismo (54%). 71% no ha cambiado nunca de organización política.

La sociedad civil, por su parte, atrae a las capas altas y medias (37%), incluso más que a los más pobres (25%). Pero incluso a éstos los atrae más que los partidos. En los últimos tiempos crece el número de mujeres, sobre todo de más edad, que trabajan, pero no asalariadas. Las personas menos organizadas

ESTUDIOS SOCIALES 127

son mujeres, muy pobres, con menos de 5 años de escolaridad, que no trabajan. En general son más democráticos que los no organizados, menos radicales, más activos políticamente, menos autoritarios, más abiertos y menos discriminatorios con la mujer.

La sociedad civil aparece como un espacio de participación democrática mucho más marcado por la búsqueda del bienestar común que los partidos. Esto apunta hacia la necesaria revisión de nuestros partidos.

El caso de la participación de la mujer en la política es quizá el mejor ejemplo de cómo la cultura puede cambiar. Parte del autoritarismo de una sociedad patriarcal es el machismo que sitúa a la mujer en el ámbito de las tareas de la casa, fuera del quehacer político. Sin embargo la encuesta confirma 87% favorece una mayor participación de la mujer en política, sobre todo porque tienen iguales derechos (37%), 84% están de acuerdo con la cuota del 30% de candidaturas femeninas, 70% afirma que la mujer en política es igual que el hombre y 63% afirman que tiene para ello igual o más capacidad que el hombre (porcentaje que creció 15% durante el período, lo que indica que estamos hablando de cambios recientes). En 1997 49% estaban en desacuerdo con que la política es cosa de hombres y sólo 11% lo afirmaban. Para el 2001 eran ya 71% los que estaban en desacuerdo y sólo 6% los que lo afirmaban. Incluso 47% dijo que le daba más confianza votar por una mujer, actitud que subió 25% por ciento en el período. Sólo un 23% ponía la salvedad que la mujer puede participar en política cuando no se lo impidan otras obligaciones, opinión que bajó 15% en el período.

Sin embargo en el ámbito del hogar la cosa va más despacio. Sólo 45% afirma que en el hogar las decisiones las deben tomar juntos hombre y mujer habiendo subido un tímido 5%. 72% afirma que el trabajo de la mujer no está condicionado a los ingresos del hombre con una subida de sólo 6%. Aunque 89% reconoce que la mujer tiene igualdad de derechos para la educación, son muchos menos los que descubren igualdad a la hora de conseguir empleo (58%) o de definir el salario (56%).

CONSTRUIR LA DEMOCRACIA JUNTOS

Pero en general la propensión a discriminar la mujer bajó 20% hasta situarse en el 2001 en 19%. Sin embargo subió la tendencia a la externalidad en la mujer 5% hasta llegar a 32%.

La población no se muestra conservadora. 57% afirman que debe haber un cambio radical (27%) o al menos abundante (30%), 3% más que en 1994. 70% tiene alta disposición al cambio y 26% mediana. Sólo 4% pone resistencia al cambio. Sólo 5% piensa que hay que dejar las cosas como están. Las mujeres no son más conservadoras que los hombres. Pero sí lo son los más pobres, de menos escolaridad y de sectores rurales.

Los cambios esperados se sitúan sobre todo en una mayor participación de la sociedad que alcanza un 95%, como claro mensaje a nuestra estructura de Estado centralizadora y excluyente. Por eso 71% apoya una reforma de la Constitución a través de una Asamblea Constituyente elegida para tales fines. 69% esperan la continuación de la reforma de la Justicia. Ha bajado de 83% en 1997 en reconocimiento del camino recorrido, pero es evidente que aún no hay satisfacción. 50% apoya que los jueces sean nombrados por la Suprema Corte de Justicia (frente a un 37% que pide que vuelvan a ser nombrados por el Senado).

La descentralización, sin embargo, es una reforma que pierde apoyo. Sólo 44% hablan de reducir la autoridad del Presidente (3% menos que en 1994) y 65% de fortalecer el poder de síndicos y regidores (10% menos que en 1997). 60% considera que el gobierno debe ocuparse de los servicios públicos contra un 35% que piensa que deben pasar al Ayuntamiento. Es la descentralización la única reforma que las clases medias y altas no apoyan.

Sobre las reformas a la Constitución de 1994, 58% está en contra de la aprobación de la reelección inmediata del Presidente, porcentaje que ha crecido 7% en cuatro años como claro mensaje a los que propician lo contrario. Sólo 32% apoya las elecciones separadas, lo que da más relevancia al alto porcentaje de la no reelección y sólo 19% apoya la doble vuelta (frente a 29% en 1997). Sin embargo, 47% apoya que se mantenga la mitad más uno como condición para eliminar la doble vuelta.

ESTUDIOS SOCIALES 127

En resumen, la encuesta nos muestra una sociedad dominicana abierta al cambio en la línea de mayor participación y fortalecimiento de los sujetos de derechos. Aparecen las debilidades de una transición hacia la modernidad demasiado rápida y frágil, con grandes desigualdades socioeconómicas y un peso demasiado fuerte de instituciones políticas que se resisten al cambio. Esto ha producido un progresivo deterioro de las instituciones políticas que amenaza en convertirse en un desencanto generalizado con la institucionalidad, que por su cercanía a algunos rasgos de la posmodernidad puede tomar fuerza entre las nuevas generaciones. Las instituciones políticas tradicionales, y sobre todo los partidos, aparecen como las más afectadas en este proceso.

Frente a ello, como fenómeno novedoso está el surgimiento de una sociedad civil dinámica, activa comprometida con un cambio que cree puede lograr, a pesar de su novedad y debilidad. Parece tener poder de convocatoria para grupos tradicionalmente menos activos en este ámbito, como las clases medias, las mujeres y los sectores rurales. Los cambios con relación al papel de la mujer en la sociedad nos indican la posibilidad de, con la estrategia adecuada, lograr fortalecer estas tendencias hacia la satisfacción de las expectativas de libertad, participación y bienestar, tan fuertemente definidas en los resultados de la encuesta y en las que este gobierno parece no estar logrando situarse positivamente.

Si sabemos leer estos signos y responder a ellos quizá logremos avanzar en esta difícil y permanente tarea de construir la democracia.